

Arde aún sobre los años

Fragmento

Fernando López

CLAMA
EL VIENTO
Y RUGE
EL MAR

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Silvina Gvirtz

Jefe de Gabinete

Daniel Pico

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Alejandro Garay

Directora de Educación para los Derechos Humanos, Género y Educación Sexual Integral
María Celeste Adamoli

Coordinadora del Programa Nacional de Educación y Memoria
Cristina Gómez Giusto

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas
Natalia Porta López

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez
Asistentes de edición: Verónica Varela y María Aranguren
"Arde aún sobre los años" de Fernando López.
© Fernando López
© Ediciones Recovecos



Este es un fragmento de la novela
"Arde aún sobre los años", publicada
por Ediciones Recovecos.

Ministerio de Educación de la Nación

Plan nacional de lecturas
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
plannacional.lecturas@educacion.gob.ar
República Argentina, abril de 2022

Arde aún sobre los años

Fernando López

Capítulo XXIII

(Fragmento)

La guerra estalló con toda su furia y empezamos a contar los muertos y las bajas materiales con un sentimiento de pesar infinito. Acostumbrados a las batallas verbales, casi no aceptábamos que se hubiera llegado a eso como último paso para dirimir la disputa y debimos adoptar la nueva costumbre de pensar que la cosa era seria y que le podía tocar al Morito. Otra vez nos copó la ansiedad de enterarnos paso a paso, metro a metro, de la evolución del conflicto y volvimos a juntarnos por la mañana alrededor de un aparato de radio, mientras tomábamos mate acodados a la mesa cubierta de diarios y revistas. Ya le habíamos agarrado la mano y sabíamos que cada noticia que llegaba debíamos confirmarla por

radio Carbe, que casi nunca las repetía o las daba a contrapelo de las que llegaban de Londres, mucho más ajustadas –supimos después– a lo que estaba ocurriendo en el sur. No teníamos tiempo de alegrarnos con una victoria que enseguida llegaba un traspié o la misma noticia triunfal de los medios porteños venía dada vuelta desde Europa en unos pocos minutos. Yo lo veía también en el diario. Daba la impresión de que todas las agencias se habían puesto de acuerdo o que algún organismo estatal manejaba la información, rígidamente, para que no hubiera filtraciones de fatalismo en una población afectada por el ajedrez de la muerte. La conciencia del vamos ganando porque no saben qué hacer para sacarnos de las islas, aunque nos hayan hundido el Belgrano, se hizo carne enseguida, alentada por esos medios y los noticieros de TV que repetían la fanfarria verbal sin exhibir ninguna imagen del archipiélago. A medida que avanzaba el conflicto tomamos la costumbre –otra más– de pasar por la panadería de los Barrera antes de ir a casa

de Tablita. Comprábamos medialunas y, como quien no quiere la cosa, preguntábamos si había noticias del Moro. No se sabía dónde estaba, si había combatido, si gozaba de buena salud. No llegaron más cartas después de que empezó el bullicio de los cañonazos. Cuando llamaron a la clase '61 nos pareció que estábamos a un paso de jugar en la patriada, bien o mal pero ansiosos de oponer a las armas de los infames la voluntad de quien tiene de su lado la razón de la Historia. Y empezamos a entrenarnos para estar en forma. Una hora por día nos íbamos a correr a la pista del parque con un entusiasmo que acaso nunca tuvimos filmando una película, porque sabíamos que en ésta no habría intermediarios para frustrar el cometido de ganar. Era otra cosa, era como sentirse indispensables haciendo lo que se debe, comprendidos y apoyados por todos, en una rara unanimidad que no admitía disensos como el de Ibáñez. Hasta el propio Tablita participaba en la maratón de la pista con su asma a cuestas y Margarita, ansiosa de brindar a la epopeya el sudor

de su cuerpo y el cuerpo mismo si era aceptado su pedido de ir al frente. También el Mensajero se sumaba a la caravana, con su uniforme gris y con Laura, la rubiecita que, de a poco, nos hizo ver la conveniencia del afecto en todas las actividades. Detrás de nosotros, por no decir que no, venía el Fuin, montado en su bicicleta, a la par de Patita, que siempre terminaba retrasado. A la salida del diario volví a correr las seis cuadras hasta la plaza de la Catedral, a colgarme de las paralelas de hierro dando la espalda a la mole de cemento y zinc que dormía silenciosa. Y así como otra vez quedaba interrumpida la filmación del policial, mientras cargábamos las pilas entre victorias y derrotas, empezamos a madurar un guión para largar con la de guerra. El Turco nos tuvo dando vueltas un par de semanas con la promesa de contestar la nota y logró que nos cansáramos, que decidiéramos hacerla con el esfuerzo nuestro, como si aportáramos talento al Fondo Patriótico para ganar la guerra. Hasta el quejoso Tablita estuvo de acuerdo y creo que fue decisivo

su visto bueno para emprender la tarea. A cada uno le tocó su parte. El Fuin insistió en que trabajáramos en equipo, adecuando los proyectos a la nueva época del grupo, que debía encontrar de una buena vez su nombre propio. La tarea de buscarlo se la encargamos a Margarita, que también iba a ocuparse de los efectos especiales y el enano, por iniciativa suya, compondría la música de fondo en el teclado. El Mensajero y Tablita debían encontrar los escenarios de acuerdo a las exigencias del guión. Fuimos a ver los galpones del ferrocarril, en los aledaños, al sur de San Tito y vimos que se adecuaban perfectamente para la Falkland Island Company, tanto como decir que descubrimos en esa construcción el aire inglés que nunca habíamos notado. El jefe de la estación, que nos vio merodear, nos comentó del proyecto de Ferrocarriles Argentinos para levantar el ramal o llevarlo a otra ciudad más progresista. No sabíamos nada y la noticia nos conmovió. Llegué a sentir que la ciudad se empequeñecía sin pausa y una noche, en el clímax de una pesadilla, vi bro-

tar en el estanque del parque la enorme cabeza de un monstruo que salía del agua para comérselo todo, empezando por los seres humanos, entre ellos los más indefensos, primero entre todos el que lo estaba soñando. Para cavar el pozo donde los soldados esperan el combate, pedimos permiso en el campo donde estarían las lagunas en un futuro tan deseado como incierto. Habíamos visto en las fotos de colores que la tierra de Malvinas era oscura, quizá por la turba y lo más parecido que encontramos era el barro mojado después de un chaparrón. Para no demorarnos en la espera de una lluvia copiosa pensamos pedir la autobomba de Bomberos Voluntarios y como no queríamos que un detalle tan importante quedara librado al azar, decidimos filmar la sugestión de una batalla en noches de plenilunio, con el campo cargado de niebla artificial. Partiendo de la idea de que íbamos a contar con pocos soldados, imaginé una escena con dos o tres, dentro del pozo, que miraban el cielo sin rastro de nubes. Después de hablar de tantísimas cosas de la

vida como la infancia, los primeros amores, el deseo de estudiar, uno de ellos descubre al azar el paso de un satélite. Traté de armar una escena completa y quedó más o menos así:

Los soldados, dos o tres (según la cantidad de uniformes que consigamos), se paran para estirar las piernas, levantan la tapa del pozo y se ponen a mirar el cielo mientras fuman un cigarrillo).

Toma 1.

Uno de ellos le habla a la cámara, como si ésta fuera un soldado sentado. Plano medio contrapicado.

SOLDADO UNO: *Ya estoy podrido de estar sentado. De buena gana me iría hasta el pueblo a buscar una botellita.*

Toma 2.

La cámara enfoca desde arriba al que está recostado, como si fueran los ojos del soldado UNO (picado).

SOLDADO DOS: *O una mujer...*

Se interrumpe. Pita dos o tres veces el cigarrillo. Está pensando.

... ¿Por qué la guerra será cosa de hombres?

Toma 3.

Vuelve la cámara a posición 1. Se ve al soldado UNO levantar la tapa del pozo y mirar hacia afuera. No contesta la pregunta.

Toma 4.

Vuelve la cámara a posición 2. El soldado DOS sigue hablando como si el otro lo escuchara.

SOLDADO DOS: *Piensan que las mujeres no saben pelear. Debe ser eso.*



Fernando López

Publicó, entre otras, la saga de novelas de *Philip Lecoq, el detective de los pobres*. Premios: Latinoamericano de Narrativa Universal de Colima, México, (*El mejor enemigo*, 1984); Casa de las Américas, Cuba, (*Arde aún sobre los años*, 1985); 1er finalista premio Planeta Argentina, (*Odisea del cangrejo*, 2005); finalista premio Novelas de Película del BAN! (*Un corazón en la planta del pie*, 2015). Su novela *La sombra del agua* (2004) fue editada en México en 2019 y en Alemania en 2020. Sus cuentos fueron publicados en Argentina, Chile, Cuba, México, España, Suecia, EE. UU., Italia e Israel y en 2020 se publicó una selección bajo el título *Lo implacable* (Gogol). Dirigió el Encuentro Internacional de Literatura Negra y Policial Córdoba Mata entre 2014 y 2021.





A 40 años de la guerra de Malvinas, el Ministerio de Educación de la Nación, a través del **Plan Nacional de Lecturas** y el **Programa Educación y Memoria**, pone a disposición poemas, cuentos y relatos para reunir en las escuelas a distintas generaciones de lectores. Las obras incluidas en esta compilación ofrecen un trabajo en nuestra lengua destinado a preservar el recuerdo de los soldados y a sostener el reclamo argentino de soberanía efectiva en las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur. De este modo, la experimentación con las formas y la pluralidad de voces aparecen como las vías literarias a recorrer para la construcción colectiva de nuestra autonomía política y cultural.

Ejemplar de distribución gratuita